

**“Angelitos del siglo XXI”:
recuperación de vivencias en la relación padres-muerte-hijo difunto.**

César Iván Bondar
CONICET / FHyCS-UNaM
Argentina

1. Sobre el Círculo “Padres con ángel”: experiencias 2016-2017

Las experiencias que rescatamos y presentamos nacen de la observancia y atención en torno a diferentes demandas de parte de los interlocutores consultados en el proceso de recolección de información en el marco del proyecto “El *velorio del angelito* en el Nordeste Argentino y Sur de la Región Oriental de la República del Paraguay. Siglos XIX, XX y presente etnográfico” (IESyH-CONICET-UNaM). En lo que respecta a este campo de investigación señalamos que podemos dar cuenta de especificidades muy marcadas en lo que refiere a las relaciones entre padre/madre/hijo difunto; ya sean en planos de los angelitos –niños muertos a corta edad- o en el caso de la muerte de jóvenes. Estas muertes, naturales, violentas o trágicas generan configuraciones relativas en lo que refiere a la elaboración del duelo, las prácticas funerarias y las vivencias; primeramente ligadas a una ruptura evaluada como crítica, a saber: la muerte de un hijo antes que la de sus padres, y en otra instancia aliviadora; ya que el lugar de los niños y los jóvenes en el inframundo suele ser considerado como diferencial en comparación al de los adultos, siempre a favor de los primeros.

Estas primeras observaciones nos llevaron a la necesidad de un acercamiento diferencial a la problemática, habilitándose un espacio de diálogo, reflexión y escucha que permita no solo la recopilación de información, sino además una consideración más personalizada para con los interlocutores en lo que refiere a la tratativa de esta temática. De allí nace la idea de instrumentar “Círculos de charla y escucha” conformados por padres que han pasado por experiencias de muerte.

Resulta relevante mencionar los objetivos generales que motivan el funcionamiento de estos Círculos, a saber: (a) Conocer las vivencias de las participantes en torno

a la relación padres-muerte-hijo difunto, (b) delinear las modalidades del duelo en lo que refiere a la muerte de los hijos entre las participantes, (c) reconocer distinciones en las diferentes muertes sean de niños o jóvenes. Del mismo modo en torno a las modalidades de las muertes (naturales, violentas, etc.), (d) propiciar un espacio de reflexión y socialización de las vivencias en torno a la muerte, y (e) esbozar premisas metodológicas para el abordaje de la problemática relacional padres-muerte-hijo difunto.

Si bien el corpus es amplio y significativo, para esta presentación se han retomado solamente los registros en torno a las muertes de niños/angelitos (no se incluyen los casos de muertes de jóvenes/adolescentes). Los casos corresponden a tres Círculos: uno en San Antonio Isla Apipé Grande, un segundo círculo en la localidad de Ituzaingó, ambos en la provincia de Corrientes (Argentina) y el tercero en la localidad de Posadas, provincia de Misiones (Argentina) -100 km. de distancia de las dos primeras-. El total de participantes se compone por 235 interlocutores, en su mayoría mujeres.

Agregamos que la muestra puede resultar *no significativa* atendiendo al total de la población de la zona bajo estudio; pero en lo que refiere a las configuraciones, actualizaciones y continuidades de algunas prácticas funerarias y emociones ante la muerte y el morir, este recorte, nos arroja datos significativos y de vital importancia para la referencia en torno a los familias que han pasado por la muerte de infantes.

Los grupos funcionan atendiendo a una metodología experiencial y de entrevistas grupales/en grupo total. Se apela a lo vivencial, a la reconstrucción biográfica, al registro de las emociones y del acontecimiento de muerte/pos-muerte y continuidad en el presente en lo que refiere a la relación doliente vivo/ familiar muerto; en lo que refiere a los registros audiovisuales se toman con previa autorización de los asistentes. Cabe señalar que para el desarrollo de las reuniones se cuenta con la colaboración de una profesional del campo de la Psicología Social.

1.1. Sobre el campo de las emociones y las emociones en el campo abordado.

Señala Caro Baroja que la sombra de Plutarco suele aparecer pero no por medio del trípode, “sino merced a sus escritos y le dice: Sí, estudia las emociones” (15). Creemos que al abordar la problemática de la muerte y el morir no podemos pasar por alto las apreciaciones de Plutarco; si bien no profundizamos en planos de las emociones resulta un aspecto que no pudimos obviar en la perspectiva metodológica para el tratamiento de la problemática.

Thomas, en el apartado que dedica a la Escatología en torno a la muerte, introduce aspectos relevantes que han orientado nuestra percepción sobre la relatividad de las manifestaciones del morir. De esta forma podemos hacer dialogar estos enunciados con los aportes de Le Breton (2012) al manifestar que las emociones para ser sentidas, percibidas y expresadas por un individuo, deben formar parte del repertorio cultural del grupo de pertenencia. El acercamiento a parte de las emociones suscitadas en el campo de la muerte del angelito nos permite acceder a modos de afiliación a una comunidad

social, “una forma de reconocerse y de poder comunicar juntos, bajo un fondo emocional próximo” (Le Breton 2012 73). Las ambiciones por la búsqueda de las generalidades, las recurrencias, complementos, divergencias y relatividades entre la población trabajada nos permiten reavivar lo señalado por Mauss al exponer cómo determinados esquemas inducen a las expresiones obligatorias de los sentimientos; por ello no ha de extrañarnos que la presencia del llanto no sea un elemento insoslayable, a modo de símbolo dominante, en los velorios de angelitos: resulta más frecuente la ausencia del llanto que su vigencia. Empero, la búsqueda de estas recurrencias no debe ser traducida como la construcción de valores-emociones en términos absolutos: esto implicaría “cometer una forma más o menos sensible de etnocentrismo postulando implícitamente un significado común a culturas diferentes” (Le Breton 2012 74). Agrega Mauss que las manifestaciones de la pena variarán en función de las posiciones de los actores en los sistemas de parentesco.

No podemos negar que las situaciones de muerte producen expresiones emocionales específicas, aún más tratándose de la muerte de un angelito que implica necesariamente la muerte de un hijo, la muerte prematura de un descendiente; situación anómala y des-estructuradora advertida en Finol y Finol.

Para no colapsar en este intento nos inspiramos en lo señalado por Durkheim en torno a que el dolor no resulta de la sensibilidad privada, sino del mandato y la obligación impuesta por el grupo. Pero al mismo tiempo, haciendo dialogar a Bajtin y Le Breton, hemos auto-desafiado el propio proceso de construcción de la problemática promoviendo el ingreso al campo de una *cultura afectiva* (Le Breton 2012) que percibíamos lejana. Por ello hemos apelado y priorizado las experiencias *emic*, ello debido a que nos convence la idea de que

las trampas de la traducción denotan diferencias de sentimientos y de expresiones de una sociedad y de una época a otra. Cada estado afectivo es parte de un conjunto de significados y valores de los que depende, y de los que no puede desprenderse sin perder su sentido (Le Breton 2012 74)

Por ello uno de los desafíos no solo teórico, sino además metodológico, lo constituyó el acercarnos-alejarnos-describir-comprender e interpretar parte de las prácticas y experiencias tejidas y entretejidas en la cultura afectiva en torno a la muerte y el morir entre la población bajo estudio. Des-apretar este tejido, o desenmarañarlo en sentido geertziano, nos ha movilizado a indagar en las motivaciones y formas de percibir, construir y transmitir los saberes referidos a la problemática que nos convoca.

Reiteramos nuestra concordancia con las afirmaciones de Le Breton (2012) al expresar que no se podría comprender el complejo movimiento de las emociones sin relacionarlas con las situaciones de (y en) las cuales emergen. De este modo el recorrido por diversas temporo-espacialidades nos permite vislumbrar –mínimamente- cómo se ha concebido y se concibe la muerte del angelito y las prácticas desencadenadas a partir de ésta. Rescatamos, para las aproximaciones a estas ejemplificaciones diversas, los aportes de Hochschild y Le Breton (2008) sobre la expresión del sentimiento como una escenificación que varía según el auditorium, el tiempo, el espacio, los sujetos y la temática.

Al mismo tiempo, atendiendo a lo señalado por Atencia Escalante, se vuelve necesario “atender a las fórmulas que usan los habitantes de cierta red de significaciones para definir lo que sucede pero también encontrar cómo un agente en particular se ajusta reajustando las significaciones implícitas y explícitas de esa red” (452)

Este ahondamiento en una parcialidad de la muerte y el morir del angelito, siguiendo los aportes de Atencia Escalante, pretende que arribemos a parte de las discriminaciones cualitativas que los agentes realizan en torno a la problemática, abriendo los sentidos hacia lo considerado como relevante para el grupo; sin obviar las articulaciones inscriptas en marcos morales, éticos y referenciales más amplios, buscando no diluir los estados emocionales y sus vinculaciones con el *YO* en/y el mundo.

2. ¿Por qué “Angelitos del siglo XXI”?

Como se ha referido, este modo de abordaje se inscribe en las indagaciones en torno al velorio del angelito en los siglos XIX, XX y el presente etnográfico. Ahondar en el rito del velorio necesariamente nos lleva a otras prácticas funerarias que complementan la complejidad de la muerte y el morir en el recorte propuesto. Así, en este proceso de investigación, hemos notado cómo determinadas prácticas funerarias –para muchos desaparecidas- en realidad se hallan invisibilizadas o actualizadas al punto de no considerarse como continuidades de imaginarios y *corpus* precedentes. Tal es el caso de aquellas vinculadas a los niños difuntos o angelitos¹.

Con esto deseamos afirmar que la imagen regionalizada del angelito, que para determinadas versiones se alojaba en el pasado folklórico de las comunidades rurales o en el imaginario de las poblaciones periféricas, en realidad se encuentra absolutamente vigente y no es exclusiva de “lo periférico/rural”, ni sinonimia de “escasos recursos o bajo grado de instrucción formal”. De ello da cuenta la variada composición sociológica de los interlocutores partícipe de los Círculos que retomamos para este esbozo.

De esta forma las indagaciones nos han permitido bosquejar una tipología de lo que los interlocutores denominan bajo la categoría de angelito; partiendo de esta tipología se perfilarán las variaciones en las formas de las prácticas funerarias. Así tendremos ángeles bebés (0-5 años) ángeles *loros* (6/7-10 años) y ángeles niños (10-11/12 años según se trate de niños o niñas). Dentro de la categoría de ángeles *loros* se hallan aquellos niños difuntos que ya pueden hablar, pero que su inocencia no les permite distinguir entre las buenas o malas acciones y “solamente replican-reiteran-repiten”; estos son, además, ángeles niños. No debemos olvidar en esta instancia las cualidades/componentes socio-culturales; claramente para algunas opiniones los niños de entre 10 y 12 años ya no son considerados como angelitos, por el contrario en algunas comu-

¹ Señalamos que la imaginación religiosa en torno a la figura angélica de los niños difuntos, al menos en América, posee claras reminiscencias asociadas al catolicismo; tal y cual la identificamos en las narrativas folklóricas, resulta una impronta colonial.

nidades –como las abordados desde los interlocutores asistentes a los Círculos- este grupo de edad es meritorio de la inocencia y lugar de los angelitos en el imaginario socio-religioso, aún más en el caso de las niñas que no se hayan iniciado sexualmente. Sin detenernos en esta problemática señalamos que estas últimas consideraciones son sostenidas con más relevancia entre poblaciones rurales de la zona bajo estudio.

2.1. ¿Qué cualidades comparten los diferentes grupos de angelitos?

Este interrogante se encuentra resuelto ampliamente en Bondar (2012-2015a), sintetizamos seguidamente los aspectos señalados.

- a- El angelito es el niño fallecido: de corta edad-sin uso de razón-sin pecados. La pureza de los niños al nacer es una pureza (in) completa: deben ser librados del pecado original por medio del bautismo o el agua de socorro.
- b- La configuración de los velorios responde a particularidades antropológicas específicas: las narraciones folklóricas definen a éstos como “reuniones danzantes”; juergas o grandes fiestas bailanteras de varios días de duración en las cuales se celebra el regreso de un ángel a los Cielos. No hemos hallado en el trabajo de campo experiencias actuales que contengan estas cualidades folklóricas o velorios de tanta duración. Sí hallamos la presencia de signos distintivos de los velorios angelicales, signos ausentes en la muerte adulta. Los colores, posición del cuerpo o féretro, disposición de los dolientes, floraciones, musicalización del velorio y el recorrido hacia la inhumación. Todo ello con una marcada intimidad familiar.
- c- La configuración de las tumbas condensan significaciones en torno a la muerte y la niñez: particularidades cromáticas, cruces, paños, exvotos.
- d- Los altares y entierros demarcan territorialidades y estrategias comunicativas: usanza muy difundida es disponer de un altar privado dedicado al (o los) angeli-to(s) de la familia, asimismo se pueden observar entierros domésticos en los pa-

tios trasero o delantero, estos entierros de angelitos —que no superan los primeros meses de vida— se convierten en pequeños altares, centros en torno a los cuales se celebran los cumpleaños del angelito, su (re)memoración el 1 de noviembre o los días sábados (como es observado en el Sur del Paraguay).

- e- La fotografía funeraria permite ilustrar y describir esferas diversas y disímiles en relación a la muerte adulta: vigente con más intensidad hasta la segunda mitad del siglo XX. Estas imágenes del cuerpo del angelito, de su contexto velatorio o inhumación acompañan los altares domésticos o el álbum familiar. Dan cuenta de los contenidos que se encuentran en las descripciones folklóricas, aquellas que no hemos hallado en el presente etnográfico pero sí registradas en la fotografías de los años '40 al '70 del siglo XX. Actualmente la fotografía funeraria en angelitos sigue vigente en actualizaciones tecnológicas como el *face book* de algunos padres que han pasado por la muerte de un hijo².
- f- El angelito es objeto de culto en diferentes instancias vitales-cotidianas, celebración del cumpleaños, día del niño, día de los angelitos.

De esta forma el angelito se configura como imagen de culto. Atendiendo a la información recabada hasta la fecha, que si bien excede el interés de este artículo, resulta interesante referir cómo esta configuración va más allá de la filiación religiosa a la que adscriben los padres del niño difunto. Recordemos que es observarle entre los que se definen como católicos, en menor medida entre cristianos no católicos o entre aquellos autodefinidos como ateos o gnósticos. En lo que refiere a la población de los Círculos, la mayoría de los participantes se consideran católicos, pocos casos se definen como *no católicos* pero sí “creyentes”. Empero el 100% de la población deviene de una socialización familiar ligada al catolicismo.

² Asimismo el Facebook es utilizado por variadas organizaciones relacionadas a la muerte de angelitos. A saber: Era es Abril, una organización que brinda apoyo a padres de bebés fallecidos en el embarazo, en el parto o después de nacer, en Argentina y varios países del mundo (<https://www.facebook.com/FundEraenAbril/>), entre otras.

3. Sobre los tópicos más sobresalientes

Reseñamos a continuación algunos de los tópicos más sobresalientes observados y registrados en las primeras indagaciones en los Círculos. Estos se agrupan en dos grandes ejes. En primera instancia referimos al lugar que ocupan los angelitos en el mundo de los muertos y luego exponemos algunas consideraciones sobre las prácticas funerarias puntualizando en los velorios de niños; las reconstrucciones de las modalidades del rito del velorio constituyen uno de los últimos tópicos de conversación que se han instalado entre el grupo de interlocutores.

3.1. Lugar de los niños difuntos/angelitos en el mundo de los muertos

Como hemos señalado en párrafos anteriores, los niños difuntos ocupan un lugar diferencial en el ordenamiento de los muertos. En este sentido destacamos que el *thana-to-cosmos* posee una estructura fuertemente establecida; no solo el lugar que ocupan santos/as o pecadores/as; sino además niños/as, adultos, etc. Esto nos recuerda las afirmaciones de Bourdieu en torno a los “efectos de lugar”: en una sociedad jerarquizada no hay espacio que no esté jerarquizado, ordenado. Extendemos esta afirmación al caso del mundo de los muertos que revelaría parte del orden sociológicamente naturalizado; el niño ungido por una *naturaleza* inocente, a-pecadora, por ende privilegiada y de acceso a lugares diferenciales en su estatus/estado *post mortem*.

En consecuencia, los niños difuntos/angelitos no son muertos *comunes* ya que se asocian a la posibilidad de la *visión beatífica* o visión de Dios en el Tercer Cielo, posibilidad reservada a los Santos y Ángeles. Los niños difuntos, de forma generalizada, poseerían la salvación garantizada por la sola facultad de ser inocentes –sin conciencia de malos actos- y carentes de pecado; más allá de las apreciaciones en torno a la muerte *con o sin bautismo* aspecto en el que no nos detendremos en esta ocasión. Esta posibili-

dad de *ver a Dios*, propia del imaginario católico, constituye un recurrente sobre el cual se montan los siguientes puntos muy referenciados por los padres entrevistados, a saber:

3.1.1. Niños difuntos como animitas/mediadores/custodios

La problemática de los niños difuntos como protectores y custodios la hemos trabajado en Bondar (2015b); abordábamos “la condición de niño difunto (angelito) como animita protectora en el nordeste argentino, tomando como base los testimonios de las madres y otros dolientes de los niños difuntos” (7). Como primera aproximación dábamos cuenta de una diferencia significativa en la construcción del status de animita en el caso de los angelitos, en comparación con la muerte adulta. Señalábamos cómo la muerte biofísica propicia una transformación ontológica de la condición de niño habilitando su capacidad de mediación divina y de protector de sus dolientes.

Agregamos que la mediación divina directa, reservada a las beatificaciones y canonizaciones dentro del catolicismo, adquiere forma variada entre los entrevistados en el marco del abordaje propuesto. Para ello se vuelve necesario diferenciar dos concepciones familiarizadas pero sustancialmente diferentes: la canonización y la santificación. La canonización resulta del otorgamiento de un estado de santidad a un beato, legitimado por la máxima autoridad en el caso de la Iglesia Católica Romana o la ortodoxa: en este proceso se declara como Santo a un fallecido. A partir del acenso a este estatus se autoriza legítimamente su culto entre los fieles. Las primeras santificaciones de la Historia Cristiana eran consagradas *vox populi*; a partir de la Edad Media los procesos comienzan a regularse con más fuerza y las investigaciones sobre la biografía de los futuros santos se vuelven más rigurosas y específicas; tratando de probar que el difunto es merecedor de la santidad atendiendo al martirio, el milagro y las heroicas virtudes.

En consecuencia, la mayoría de los Santos resultan adultos, salvo contados casos de niños y jóvenes, por ejemplo: San Ulpiano (mártir en Tiro año 306), San Sancho (mártir cordobés año 851), San Gerulfo de Tronchiennes (año 750) y más recientes los

jóvenes Teresa del Niño Jesús, Luis Gonzaga y Felipe de Jesús, por citar algunos. Y, dentro de las más recientes decisiones del Vaticano del siglo XXI, podemos mencionar las Canonizaciones de los Niños de Fátima, de José Sánchez del Río (el Niño Cristero) y la de los Niños Mártires de Tlaxcala. Asimismo de la joven mística de 26 años Isabel de la Trinidad.

Por el contrario la santificación, como la entendemos aquí, se aproxima más a los procesos de reconocimiento de la santidad pre-Edad Media. La santificación del muerto (común) no requiere de las mediaciones institucionales de la Iglesia, tampoco de su aprobación: una de las categorías que emerge es la de animita. Así, en Bondar (2015b 14-15) se expone que las animitas son definidas como las almas, adultas o de niños, que han sido santificadas popularmente por sus obras terrenas, el tipo de muerte (sufrida o heroica) o sus intervenciones milagrosas post mortem en las necesidades de los vivos. En lo que respecta a los angelitos, la mayoría de los casos registrados poseen estos atributos sagrados, una de las diferencias sería que algunos han adquirido presencia popular-colectiva y otros se mantienen en el seno íntimo de los dolientes. De esta forma, el animita sería el alma del muerto al que se le atribuye la facultad de intervenir en el mundo de los vivos; esta intervención se da por pedido de los últimos a cambio de ofrendas y rezos; en el caso de las almas de los adultos, cumplir con el pedido de los vivos, aliviana la carga de pecados que han acumulado en vida.

Refiriendo a las animitas en niños (nombradas también como almitas), el tipo de muerte bio-física configura gran parte de los procesos de santificación popular: muertes no naturales provocadas por accidentes o asesinatos transforman la condición inofensiva del niño, lo convierten en fuerte y milagroso, tal es el caso de “Ramoncito”, Corrientes, Argentina (Bondar, 2013). Asimismo, algunas situaciones posteriores a la muerte bio-física contribuyen a las santificaciones populares: citados son los casos de apariciones, situaciones milagrosas como cura de enfermedades u otras intervenciones en la vida de los dolientes. Podemos apreciar cómo todos los angelitos ofician de protectores llegan-

do –alguno de ellos– a las santificaciones populares. Las entrevistas que hemos realizado dieron cuenta de un complejo proceso de mediaciones divinas, reciprocidades y tuteladas, que serían parte de las nuevas capacidades de los niños difuntos.

Las formas más frecuentes asociadas al niño difunto resulta la de “Ser especial”, un arquetipo que condensa no solo la sobrenaturalidad, sino además las facultades angélicas transferidas al niño en su estado post mortem. Este “Ser especial”, claramente ligado al contacto con Dios, aglutina cualidades que podemos sintetizar en el enunciado “es un almita vigente entre los vivos”: más allá del deceso los padres, principalmente las madres, prestan especial atención al tratamiento de esta problemática promoviendo variadas estrategias que posibilitan el cuidado y promoción de la continuidad relacional con la familia y demás dolientes.

Como aspecto relevante que ha motivado la reflexión sobre la problemática identificamos las respuestas ante la consulta sobre *porqué son las madres las que sostienen y potencian las relaciones con los angelitos*. Sobre ello las experiencias han permitido sistematizar el siguiente tópico.

El vientre vacío → el duelo inconcluso

Entrevistador: Dígame doña, si a usted le dejaban elegir
¿Qué habría hecho con su angelito?

Interlocutora: lo tendría siempre conmigo
(Madre de angelito, 40 años, Corrientes-Arg.)

En las largas jornadas de trabajo que hemos emprendido en los círculos hallamos formas diversas y heterogéneas –a la vez constantes- de entablar las relaciones con los angelitos. Aquí deseamos exponer algunas breves reflexiones que no hemos mencionado con mucho énfasis en el desarrollo general del trabajo; aquellas apreciaciones que nos transmitían las madres de los angelitos en las situaciones donde la empatía se consagraba como dominante -en los vínculos de larga duración que (creemos) haber construido-. Situaciones ligadas a la idea del duelo.

Señala Thomas que el duelo

es la vivencia penosa y dolorosa (...) que causa todo lo que ofende a nuestro impulso vital (...) Más aún, la *pérdida del ser amado*, que ocasiona un profundo desconcierto, una herida que equivale a menudo a una mutilación. El duelo es este caso se basa en el afecto (123).

Asimismo llama la atención sobre la idea de que el duelo tiene relación directa con la concepción sobre la muerte, tiene que ver con la edad del difunto, con los vínculos, etc. Este duelo, con diferentes etapas, concluiría con la readaptación; “el difunto es aceptado –triunfo del principio de realidad sobre el principio de placer- como ausente; desde entonces forma parte de los recuerdos del doliente y ya no le impide vivir” (Thomas 126). Sin detenernos en especificaciones más detalladas sobre este proceso, deseamos señalar que muchas de las prácticas que hemos descripto en otras instancias: altares, entierros, re-memoraciones, festejos del cumpleaños y del día del niño; retrasarían significativamente y/o impedirían la asimilación y conclusividad del proceso de duelo.

Uno de los casos más emblemáticos lo constituye el que pudimos registrar en un cementerio de la provincia de Corrientes de la mano de una asistente a los círculos; esta

mujer todos los sábados visitaba la tumba de su angelito. La tumba permitía que se accediese al pequeño cajón por medio de una puerta vidriada, en cada visita extraía el cajoncito y apoyándolo sobre su falda cantaba nanas, limpiaba la tapa del ataúd y renovaba las puntillas y flores que adornaban la tumba.

Claramente, desde un freudismo acérrimo, este caso sería un claro ejemplo patológico. Pero no debemos olvidar las relatividades contextuales que dan sentido a las acciones emprendidas: la inferencia materna en torno a la necesidad que posee el niño de ser cuidado, la dependencia de la cría, el requerimiento de no compartir el contexto con las almas de la muerte adulta, etc. La extracción semanal del ataúd rosa la logocéntrica percepción sobre lo normal/anormal, legal/ilegal, correcto/incorrecto; sin embargo, debe ser percibida como una acción partícipe de un complejo proceso de construcción y re-construcción de la imagen del angelito, de su lugar en el ordenamiento sobrenatural, de sus necesidades y requerimientos.

La noción de “el vientre vacío” nace de la expresión de la madre que semanalmente aseaba a su angelito; en las entrevistas expuso sobre lo complejo que resultaba sentir “el vientre vacío” y no poder observar, jugar, criar y estar junto a su hijo. Creemos fielmente que en otras aproximaciones a la problemática deberíamos abordar estas dimensiones más ligadas a las modalidades del procesamiento de la muerte de los niños.

Si bien los procesos de duelo, dependiendo de las configuraciones cronotópicas, implican encadenados diferenciales de emociones, queda claro que en las situaciones a las cuales hemos accedido, siendo las citadas pequeñas muestras de otras múltiples recopiladas, nos llevan a derivaciones relevantes: la muerte del niño muchas veces suele ser justificada por “el llamado divino”, su ascenso al Tercer Cielo satisface, calma la duda en torno al destino del alma y ubica, junto a Dios, a un aliado y protector. Estas cualidades propias de la escatología católica alivianan la pena por la pérdida.

Pero lo inconcluso, lo irresuelto, halla eco en lo que Ricoeur denominó el “ante-futuro”

Lo que imagino es el muerto de mañana, como si lo hiciera, en cierto modo, en antefuturo. Y esa imagen del muerto que seré para los otros quiere ocupar todo el lugar, con su carga de preguntas: ¿qué son, dónde están, cómo son los muertos? Mi batalla es con y contra esta *imagen* del muerto de mañana, de ese muerto que yo seré para los sobrevivientes (34-35)

Queda claro cómo los dolientes del angelito, y en este caso los “vientres vacíos”, no logran comprender –o lo hacen en un largo periodo- que ellos/ellas no serán muertos para sus hijos, pues sus hijos ocuparon el status de muertos antes que ellos/ellas. Aquí se halla la ruptura de la cadena que hemos mencionado, la disolución de la huella, la angustia de saber que hay una pregunta que esos angelitos nunca podrán hacerse:

la interiorización antes de mi muerte de una pregunta post mórtem, de la pregunta: ¿qué son los muertos? Verme ya muerto antes de estar muerto, y aplicarme a mí mismo, por anticipado, una pregunta de sobreviviente. En síntesis, la obsesión del antefuturo (Ricoeur 35)

Parte de estos dilemas, como hemos mencionado, se resuelven atendiendo a las prácticas funerarias abordadas y a la re-afirmación de un ordenamiento celestial del cual participará el niño difunto; el equilibrio constante entre lo terreno y lo eterno, entre la memoria del pasado → presente → futuro, la confianza en Dios y el tiempo/espera del re-encuentro.

Por otra parte pudimos observar que otro de los elementos que coadyuva a la progresiva resolución del duelo es un complejo ordenamiento de las temporalidades que posee como eje vertebrador la noción de angelito y que ubica al pasado en el cronotopo terreno, en la vida biofísica y unifica –condensa- el presente y el futuro bajo el cronotopo celestial.

Reflexiones iniciales. Consideraciones sobre las prácticas funerarias diferenciales en relación a la muerte adulta: Velorios de angelitos en la primera década del siglo XXI

Pudimos percibir que en la actualidad el velorio del angelito se maneja con elevados grados de intimidad y discreción. Asimismo que su forma de realización varía según se trate de un velorio domiciliario o de un velorio realizado en una casa funeraria. Cabe destacar que aún hoy este rito resulta -muchas veces- estigmatizado por algunos referentes de las Iglesias Católica y Protestante. La intencionalidad de ajustar esta celebración a los cánones de lo “normal”, ya expuesta por el Prelado en su visita a Luján (Bs. As.) en 1769 (Barral), queda reseñada en la Celebración de la Muerte – Subsídios para la celebración de las exequias- que acompaña el Rito Exequias –Concilio Vaticano II-: “Hace falta evangelizar la costumbre popular llamada “el velorio del angelito”. Tiene, sin duda, un fondo nacido de la fe, pero se expresa con frecuencia en prácticas paganas de convites y, a veces, excesos de bebida, etc.” (8)

Encontramos marcadas particularidades del velorio del angelito; variando algunos elementos en comparación a las descripciones folklóricas de hasta la segunda mitad del siglo XX; pero con matrices que remarcan una profunda particularidad en torno a su configuración. También es notable cómo, en el presente etnográfico, a mayor edad biológica del angelito mayor duración del velorio; en los casos de nacidos muertos, muertos recién nacidos o hasta la primera infancia los velorios son cortos y muy íntimos. Resaltamos que todos los propietarios de casas funerarias que hemos entrevistado exponen que en escasas situaciones han utilizado las instalaciones para el velorio de niños, del mismo modo son contadas las situaciones en las que han prestado el servicio de la Capilla Ardiente a domicilio.

Estas particularidades de la duración de los velorios nos ha llevado a re-definir las tipologías en torno a los niños difuntos, a re-pensar algunas premisas básicas en torno a las prácticas funerarias bajo estudio: si el recién nacido y – y como hemos señala-

do- el niño hasta los 12 años es considerado un angelito ¿qué motiva la diferenciación en la duración del rito del velorio instrumentado en cada uno de los casos?

Como hemos señalado, apreciamos que el velorio y el tiempo de duración de éste son relativos a la edad del angelito; podríamos pensar que la duración del velorio sería equivalente al cronotopo que el niño ha vivido, pero corremos el riesgo de incurrir en un juicio socio-céntrico como el que consideramos expone Hertz. De alguna forma estas cualidades etnográficas pueden llevarnos a pensar que el fallecido al poco tiempo de nacer no ha generado determinados lazos como el caso de un niño de 8-9 o 10 años de vida; donde las redes se extienden no sólo a otros del mismo grupo de edad sino a otros significantes como ser padres de los amigos, otros familiares, conocidos del barrio, etc.

Continuando con esta problemática señalamos que hemos consultado a los interlocutores sobre la particularidad de la duración de los velorios. Atendiendo a este interrogante, principalmente entre madres de angelitos, las respuestas podrían ser ordenadas en las siguientes categorías:

- Los angelitos no necesitan purificarse ni ser velados
- Se respeta la relación e intimidad madre/hijo
- Es una situación muy triste y dolorosa que no debe prolongarse en el velorio

Estas apreciaciones marcan diferencias significativas con las imágenes arcaicas de los velorios festivos o las reuniones danzantes. Si bien los registros y narraciones de hasta mediado el siglo XX nos hablaban de velorios festivos donde el angelito no requería rezos o purificación, el velorio ha sido una constante y un rito muy registrado por su particular performance y duración.

© César Iván Bondar

Trabajos citados

- Barral, María Elena. *De sotanas por la pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial*. Buenos Aires: Ed. Prometeo, 2007. Impreso.
- Bondar, Cesar Iván. “Prácticas funerarias vinculadas a los niños difuntos (angelitos). Corrientes y Sur de la Región Oriental del Paraguay”. Tesis Doctoral. Doctorado en Antropología Social. Secretaria de Investigación y Posgrado. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Misiones. Posadas, Misiones. (Argentina). Inédito. 2015a. Impreso.
- . “Niños difuntos (angelitos) como animitas protectoras. Nordeste de la República Argentina. Aproximaciones iniciales”. *Boletín Antropológico*, vol. 33, núm. 89, enero-junio, Universidad de los Andes Mérida, Venezuela. (2015b): 7-24. Impreso.
- . “La muerte violenta (sacrificial) del inocente como pasaje a la sacralidad: caso Ramoncito, Mercedes, Corrientes. Argentina” Argentina. Posadas. Conferencia. Tercer Encuentro sobre Antropo-Semiótica de la Muerte y el Morir. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Misiones. Posadas, Misiones. (Argentina). Inédito. 2013. Impreso.
- . “Muerte, ritualización y memoria. Imágenes sobre la (re)memoración de los angelitos. Corrientes. Argentina”. *CORPUS - Archivos virtuales de la alteridad americana*. Vol. 2. N1. (2012): 1 - 23. Buenos Aires: Ed. Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICYT-CONICET). <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/corpus/article/view/1376>. 1 de mayo de 2018. Archivo PDF.
- Bourdieu, Pierre. “Efectos de lugar” en Bourdieu, P. *La miseria del mundo*: 119- 12. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica. 2010. Impreso.
- Caro Baroja, Julio. “Superstición y Ciencia”. *Colección Ensayos*: (1972): s/d. Madrid: Ed. Fundación Juan March. Impreso.
- Durkheim, Emile *Las formas elementales de la vida religiosa*. Paris: Ed. PUF. 1968. Impreso.
- Finol, José Enrique y Finol, David Enrique. *Para que no queden pensando...” Capillitas a la orilla del camino. Una microcultura funeraria*. Maracaibo, Colección de Semiótica Latinoamericana N° 7, Universidad del Zulia, Universidad Católica Cecilio Acosta, Asociación venezolana de Semiótica (Venezuela). 2009. Impreso.
- Atencia Escalante, Javier. “Antropología y Emociones: Geertz y Taylor”. *Debates sobre las antropologías*. N 35. (2005): 451-455. Málaga (España): Ed. Thémata. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1986882>. 1 de mayo de 2018. Archivo PDF.
- Hertz, Robert. “A contribution to the study of the collective representation of death”. *Death and the Right Hand*: III. 27 -86. Fre Press: Glencoe. 1960. Impreso.
- Hochschild, Arlie Russell. “Emotion work, feeling rules, and social structures”. *American Journal of Sociology*, s/d. 1979. Impreso.

- Le Breton, David “Por una Antropología de las emociones”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. N°10. Año 4. Diciembre 2012-marzo de 2013. (2012): 69-79. (Argentina). <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/208>. 04 de mayo de 2017. Archivo PDF.
- Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires (Argentina): Ed. Nueva Visión. 2008. Impreso.
- Mauss, Marcel. *Essais de sociologie, Seuil, coll.* Paris (Francia): Ed. Point. 1971. Impreso.
- Ricoeur, Paul. *Vivo hasta la muerte: seguido de fragmentos*. Buenos Aires (Argentina): Ed. FCE. 2008. Impreso.
- Thomas, Louis-Vincent. *La muerte, una lectura cultural*. Barcelona (España): Ed. Paidós. 1999. Impreso.